

Impresiones

Andrea Castillo

Ha llovido demasiado y presiento que pronto alguien subirá al zarzo a ver dónde está la gotera que amenaza con borrarne para siempre, pero no me voy a dejar. No hace mucho noté que me iba por el cielorraso creando una mancha negra.

Ayer escuché que subían por las escaleras del zarzo. Pensé que se trataba de mi hijo o quizás mi nieto aunque los pasos eran débiles. Se acercaba el ruido y descubrí que era una voz juvenil. De pronto, me giraron brusca y repentinamente. Ya estoy viejo para que me zarandeen, grité. La mano me soltó. Un joven buscó con la mirada el lugar de dónde provenía la voz. Desconcertado, se agachó.

Entonces se me ocurrió hacer una jugarreta, así que pregunté: ¿Quién está aquí? El chico respondió ¿Quién eres? Le dije que mirara al piso. Asustado todavía, murmuró, ¿Qué...? Volví a decirle que mirara y lentamente comenzó a inspeccionar.

Pude ver que me observaba. Desesperado por la mirada potente, capaz de atravesar mi cuerpo, comencé a moverme en aquel incómodo pedazo de papel. Para mermar la tensión, le dije, soy Conrad. Con voz temblorosa, contestó: Y yo Jacobo. Toda la tensión se aminoró y comenzó a hacer preguntas. ¿Cómo fue que te metieron allí?

Le pregunté por sus padres porque que el muchacho se parecía mucho a mí. Supe que era el hijo de mi nieto y con alegría indagué por los demás. Salté y llegué hasta otra fotografía en la que estaba más joven al lado de la que sería mi esposa después. Seguíamos conversando y comparando cada cosa en común.

De pronto, su madre lo llamó a comer. Me metió en su bolsillo y salió. ¿Y la gotera? Bueno...Sigue allí. Al menos sé que ya no corro el riesgo de desaparecer.